

## **Domingo XXV del Tiempo Ordinario (ciclo C)**

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- **SAN AMBROSIO** ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))
- **FRANCISCO – Homilías en Santa Marta (8.XI.13 y 6.XI.15)**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))
- **FLUVIUM** ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- **PALABRA Y VIDA** ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- **Rev. D. Joan MARQUÉS i Suriñach (Vilamarí, Girona, España)** ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))

\*\*\*

### **DEL MISAL MENSUAL**

#### **LA DENUNCIA Y EL EXHORTO**

**Am 8,4-7; 1 Tm 2,1-8; Lc 16,1-13**

El tema es el mismo, a saber, la relación del ser humano con los bienes materiales. Las riquezas cuantiosas deslumbran el corazón humano y si éste no se encuentra arraigado en los valores espirituales, termina siendo esclavizado. El profeta Amós denuncia con claridad el cinismo de los comerciantes sin escrúpulos que adulteran medidas, encarecen los alimentos y peor aún, convierten a los pobres en mercancía con tal de aumentar sus ganancias. La tentación de conseguir la riqueza sin trabajo y de realizar negocios inmorales es tan vieja como la humanidad. En el exhorto del Evangelio el Señor Jesús pondera la habilidad y la astucia del administrador que renuncia a sus derechos con tal de congraciarse con los deudores de su amo. El administrador conoce las relaciones de patronazgo y clientela y sabe sacarles partido. Mientras el profeta Amós denuncia actos inhumanos e inmorales, el Señor Jesús por su parte, nos anima a utilizar sensatamente los bienes para favorecer a los necesitados.

#### **ANTÍFONA DE ENTRADA**

*Yo soy la salvación de mi pueblo, dice el Señor. Los escucharé cuando me llamen en cualquier tribulación, y siempre seré su Dios.*

## ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que has hecho del amor a ti y a los hermanos la plenitud de todo lo mandado en tu santa ley, concédenos que, cumpliendo tus mandamientos, merezcamos llegar a la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

## LITURGIA DE LA PALABRA

### PRIMERA LECTURA

*Contra los que obligan a los pobres a venderse.*

**Del libro del profeta Amós: 8, 4-7**

**E**scuchen esto los que buscan al pobre sólo para arruinarlo y andan diciendo: “¿Cuándo pasará el descanso del primer día del mes para vender nuestro trigo, y el descanso del sábado para reabrir nuestros graneros?”

Disminuyen las medidas, aumentan los precios, alteran las balanzas, obligan a los pobres a venderse; por un par de sandalias los compran y hasta venden el salvado como trigo.

El Señor, gloria de Israel, lo ha jurado: “No olvidaré jamás ninguna de estas acciones”. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

### SALMO RESPONSORIAL

*Del salmo 112, 1-2. 4-6. 7-8*

**R/. Que alaben al Señor todos sus siervos.**

Bendito sea el Señor, alábenlo sus siervos. Bendito sea el Señor, desde ahora y para siempre. **R/.**

Dios está sobre todas las naciones, su gloria por encima de los cielos. ¿Quién hay como el Señor? ¿Quién iguala al Dios nuestro? **R/.**

Él tiene en las alturas su morada y sin embargo de esto, bajar se digna su mirada para ver tierra y cielo. **R/.**

Él levanta del polvo al desvalido y saca al indigente del estiércol para hacerlo sentar entre los grandes, los jefes de su pueblo. **R/.**

### SEGUNDA LECTURA

*Pidan a Dios por todos los hombres, porque él quiere que todos se salven.*

**De la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo: 2,1-8**

**T**e ruego, hermano, que ante todo se hagan oraciones, plegarias, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, y en particular, por los jefes de Estado y las demás autoridades, para que podamos llevar una vida tranquila y en paz, entregada a Dios y respetable en todo sentido.

Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, pues él quiere que todos los hombres se salven y todos lleguen al conocimiento de la verdad, porque no hay sino un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre él también, que se entregó como rescate por todos.

Él dio testimonio de esto a su debido tiempo y de esto yo he sido constituido, digo la verdad y no miento, pregonero y apóstol para enseñar la fe y la verdad.

Quiero, pues, que los hombres, libres de odios y divisiones, hagan oración dondequiera que se encuentren, levantando al cielo sus manos puras.

**Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.***

**ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO 2 Co 8, 9**

**R/. Aleluya, aleluya.**

*Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza. R/.*

**EVANGELIO**

*No pueden ustedes servir a Dios y al dinero.*

**Del santo Evangelio según san Lucas: 16, 1-13**

**E**n aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Había una vez un hombre rico que tenía un administrador, el cual fue acusado ante él de haberle malgastado sus bienes. Lo llamó y le dijo: ‘¿Es cierto lo que me han dicho de ti? Dame cuenta de tu trabajo, porque en adelante ya no serás administrador’. Entonces el administrador se puso a pensar: ‘¿Que voy a hacer ahora que me quitan el trabajo? No tengo fuerzas para trabajar la tierra y me da vergüenza pedir limosna. Ya sé lo que voy a hacer, para tener a alguien que me reciba en su casa, cuando me despidan’.

Entonces fue llamando uno por uno a los deudores de su amo. Al primero le preguntó: ‘¿Cuánto le debes a mi amo?’ El hombre respondió: ‘Cien barriles de aceite’. El administrador le dijo: ‘Toma tu recibo, date prisa y haz otro por cincuenta’. Luego preguntó al siguiente: ‘Y tú, ¿cuánto debes?’ Éste respondió: ‘Cien sacos de trigo’. El administrador le dijo: ‘Toma tu recibo y haz otro por ochenta’.

El amo tuvo que reconocer que su mal administrador había procedido con habilidad. Pues los que pertenecen a este mundo son más hábiles en sus negocios, que los que pertenecen a la luz.

Y yo les digo: Con el dinero, tan lleno de injusticias, gánense amigos que, cuando ustedes mueran, los reciban en el cielo.

El que es fiel en las cosas pequeñas, también es fiel en las grandes; y el que es infiel en las cosas pequeñas, también es infiel en las grandes. Si ustedes no son fieles administradores del dinero, tan lleno de injusticias, ¿quién les confiará los bienes verdaderos? Y si no han sido fieles en lo que no es de ustedes, ¿quién les confiará lo que sí es de ustedes?

No hay criado que pueda servir a dos amos, pues odiará a uno y amará al otro, o se apegará al primero y despreciará al segundo. En resumen, no pueden ustedes servir a Dios y al dinero”.

**Palabra del Señor. *Gloria a ti Señor Jesús.***

**ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS**

Acepta benigne, Señor, los dones de tu pueblo, para que recibamos, por este sacramento celestial, aquello mismo que el fervor de nuestra fe nos mueve a proclamar. Por Jesucristo, nuestro Señor.

*Prefacio para los domingos del Tiempo ordinario.*

**ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 10, 14**

*Yo soy el Buen Pastor, dice el Señor; y conozco a mis ovejas, y ellas me conocen a mí.*

**ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN**

A quienes alimentas, Señor, con tus sacramentos, confórtanos con tu incesante ayuda, para que en estos misterios recibamos el fruto de la redención y la conversión de nuestra vida. Por Jesucristo, nuestro Señor.

## **UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO**

El dilema de fondo que planteó el Señor Jesús con absoluta claridad contrapone a Dios con el dinero. Es necesario elegir entre la confianza en Dios o la falsa certeza que ofrece la riqueza abundante. Dios, la persona más compasiva y amorosa no hipoteca nuestra libertad, sino que la preserva. Dios no cancela nuestra libertad, al contrario, la defiende y estimula. En cambio, las riquezas van asfixiando nuestro corazón, nos van revistiendo de una ilusoria seguridad. Probablemente hemos escuchado a personas que imaginan tener el futuro asegurado por la prosperidad del negocio o la cuantía de los bienes materiales que poseen. Nada más engañoso, puesto que la vida humana no depende de los bienes. Quien haya aprendido a trabajar honestamente, quien esté atento a reconocer la perdurable benevolencia del Padre celestial, se sentirá seguro de su bendición y trabajará y emprenderá diversas iniciativas, sabiendo que su esfuerzo será bendecido por el Señor amigo de la vida.

---

### **BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

#### **Denuncia de los explotadores (Am 8,4-7)**

##### **1ª lectura**

La cuarta visión de Amós, la de las frutas maduras, que precede inmediatamente a este texto (vv. 1-3), introduce esta denuncia de injusticias (vv. 4-8) y abre el camino a una nueva descripción del «día del Señor» (vv. 9-14). Las tres cosas están muy relacionadas. En la visión, el profeta juega con los términos «frutas maduras», *qaytz*, y «fin», *qetz* (cfr v. 2). Indica así que el proceso de corrupción de Israel (vv. 4-8) ha llegado a su término, no hay vuelta atrás, y sólo cabe esperar el día de juicio del Señor (vv. 9-14).

Amós especifica con claridad las faltas: el fraude (v. 5) y la especulación con la necesidad ajena (v. 6). Apoyándose en éste y en otros textos (cfr Dt 24,14-15; 25,13-16; St 5,4), la catequesis de la Iglesia especificó los contenidos de la virtud de la justicia: «No nos dediquemos a acumular y guardar dinero, mientras otros tienen que luchar en medio de la pobreza, para no merecer el ataque acerbo y amenazador de las palabras del profeta Amós: Escuchad, los que decís: “¿Cuándo pasará la luna nueva para vender el trigo, y el sábado para ofrecer el grano?”» (S. Gregorio Nacianceno, *De pauperum amore* [Oratio 14] 24).

#### **Dios quiere que todos los hombres se salven (1 Tm 2,1-8)**

##### **2ª lectura**

Se ha de rezar por todos los hombres, no sólo por los amigos o bienhechores, ni sólo por los cristianos. La Iglesia facilita a todos los fieles el cumplimiento de este consejo con la «oración universal» o «de los fieles» de la Santa Misa, donde «el pueblo, ejercitando su oficio sacerdotal, reza por todos los hombres» (Misal Romano, *Ordenación General*, n. 45).

La voluntad salvífica universal de Dios está estrechamente conectada con la única mediación de Cristo, nuestro Salvador. Esto contrasta con la concepción pagana de entonces, que aspiraba a la salvación a través de una pluralidad de dioses salvadores. San Agustín afirma que fuera de Cristo, «camino universal de salvación que nunca ha faltado al género humano, nadie ha sido liberado, nadie

es liberado, nadie será liberado» (*De civitate Dei* 10,32,2). Y el Concilio Vaticano II propone así lo que es patrimonio de la fe cristiana: «Cree la Iglesia que (...) no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea posible salvarse» (*Gaudium et spes*, n. 10). A la vez, conviene tener presente que la acción salvífica de Jesucristo, con y por medio de su Espíritu, se extiende más allá de los confines visibles de la Iglesia y alcanza a toda la humanidad. En efecto, el Concilio Vaticano II también afirmó que «la única mediación del Redentor no excluye, sino suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única» (*Lumen gentium*, n. 62). Juan Pablo II invita a profundizar el contenido de esta mediación participada, siempre bajo la norma del principio de la única mediación de Cristo: «Aun cuando no se excluyan mediaciones parciales, de cualquier tipo y orden, éstas sin embargo cobran significado y valor únicamente por la mediación de Cristo y no pueden ser entendidas como paralelas y complementarias» (*Redemptoris missio*, n. 5). Por eso la Congregación para la Doctrina de la Fe recuerda que «debe ser, por lo tanto, firmemente creída como verdad de fe católica que la voluntad salvífica universal de Dios Uno y Trino es ofrecida y cumplida una vez para siempre en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios» (*Dominus Iesus*, nn. 14).

### **El administrador infiel (Lc 16,1-13)**

#### **Evangelio**

La parábola del administrador infiel puede desconcertarnos porque, a veces, entendemos las parábolas, que pretenden resaltar una enseñanza, como alegorías en las que cada elemento o cada personaje tienen un significado. El Señor da por supuesta la inmoralidad de la actuación del administrador, pero quiere enseñar a sus discípulos que deben servirse de la sagacidad y el ingenio (v. 8) para la extensión del Reino de Dios: ***¡Qué afán ponen los hombres en sus asuntos terrenos!: ilusiones de honores, ambición de riquezas, preocupaciones de sensualidad. —Ellos y ellas, ricos y pobres, viejos y hombres maduros y jóvenes y aún niños: todos igual. —Cuando tú y yo pongamos el mismo afán en los asuntos de nuestra alma tendremos una fe viva y operativa: y no habrá obstáculo que no venzamos en nuestras empresas de apostolado*** (San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 317).

Tras la parábola, el evangelio recoge unas sentencias del Señor (vv. 9-15). Vienen introducidas por la expresión de gran solemnidad —«yo os digo» (v. 9)— y, dentro de una cierta diversidad, tienen un matiz común: en todos los momentos de nuestra vida, en la riqueza y en la pobreza, en lo grande y en lo pequeño, debemos mirar a Dios. Tal vez el centro de esas expresiones pueda ser el v. 13 donde el amor a las riquezas se concibe como una idolatría: «Todos se inclinan ante el dinero. A la riqueza tributa siempre la multitud de los hombres un homenaje instintivo. Miden la felicidad por la riqueza, y por la riqueza miden, a su vez, la respetabilidad de la persona (...). Riqueza es el primer ídolo de este tiempo. Notoriedad el segundo (...). La fama y el llamar la atención en el mundo se consideran como un gran bien en sí mismos, y un motivo de veneración (...). La notoriedad, o fama de periódico como se la denomina también, (...) se ha convertido en una suerte de ídolo» (John H. Newman, *Discurso sobre la fe* 5; cfr *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1723).

---

**SAN AMBROSIO ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))**

#### **El servidor infiel**

*Nadie puede servir a dos señores; y es que, en realidad, no existen dos señores, sino un solo Señor. Porque, aunque hay quien sirve a las riquezas, con todo, no se les reconoce ningún derecho de dominio, sino que ellos se imponen a sí mismos el yugo de la esclavitud; y eso no es un poder justo,*

sino una injusta esclavitud.

Y así dijo: *Haceos acreedores de amigos con las riquezas injustas*, y eso con esta finalidad: para que, dando limosna a los pobres, éstos nos procuren el favor de los ángeles y de los otros santos. No es que se reprenda al mayordomo, pues con su ejemplo aprendemos que nosotros no somos dueños, sino más bien mayordomos de las riquezas de los otros. Y por eso, aunque pecó, con todo, se le elogia porque trató de buscarse para el futuro lo necesario por la indulgencia de su señor. Y con toda razón ha hablado de las riquezas injustas, puesto que la avaricia tienta nuestro corazón con diversos atractivos de dinero, con el fin de que deseemos servir a las riquezas.

Este es el motivo por el que dice: *Y si en lo ajeno no sois fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?*

Las riquezas no son nuestras, puesto que ellas están fuera de nuestra naturaleza y, ciertamente, ni nacieron con nosotros, ni con nosotros perecerán, y, por el contrario, Cristo sí es nuestro, porque Él es la vida; aunque *vinó a los suyos, y los suyos no lo recibieron* (Jn 1, 11). Por eso nadie os dará lo que es vuestro, porque no habéis creído en ese bien vuestro ni lo habéis recibido.

Y, consiguientemente, parece que los judíos son acusados de engaño y de avaricia, y, por tanto, no habiendo sido fieles en lo tocante a las riquezas, que en realidad no eran suyas —pues los bienes de la tierra son otorgados por Dios nuestro Señor a todos para el bien común— y de las que debieron, ciertamente, hacer partícipes a los pobres, no merecieron recibir a ese Cristo a quien aceptó Zaqueo con un deseo tan vehemente, que le llevó a repartir la mitad de sus bienes (Lc 19, 8).

Por tanto, no queramos ser esclavos de lo que no es nuestro, porque no debemos tener más señores que Cristo; pues, *no hay más que un Dios Padre, de quien todo procede y en quien existimos nosotros, y un solo Señor Jesús, por quien son todas las cosas* (1 Co 8, 6). Pero ¿qué? ¿Acaso no es Señor el Padre y Dios el Hijo? No hay duda de que el Padre es Señor, ya que *por la palabra del Señor fueron hechos los cielos* (Sal 32, 6), y el Hijo es también ese Dios, *que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos* (Rm 9, 5). ¿Cómo se entiende, pues, eso de que *nadie puede servir a dos señores*? Y es que, puesto que sólo hay un Dios, tiene que haber también un único Señor; y, por eso: *Adorarás al Señor tu Dios y a Él solo servirás* (Mt 4, 10). De donde claramente se deduce que el Padre y el Hijo tienen el mismo poder. Si, pues, no se le puede dividir, quiere decir que está todo en el Padre e igualmente todo en el Hijo. Así, al afirmar que en la divinidad se da la unidad y una identidad de poder en la Trinidad, confesamos que existe un solo Dios y un solo Señor. Y, por el contrario, los que sostienen que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo poseen un poder distinto, dejándose llevar del nefasto error de los gentiles, introducen en la Iglesia muchos dioses y muchos señores.

***Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), L.7, 244-248, BAC Madrid 1966, pág. 472-74***

---

## **FRANCISCO – Homilías en Santa Marta (8.XI.13 y 6.XI.15)**

### **El pan sucio de la corrupción**

**8 de noviembre de 2013**

Los administradores corruptos “devotos del dios soborno” cometen un “pecado grave contra la dignidad” y dan de comer “pan sucio” a sus propios hijos: a esta “astucia mundana” se debe responder con la “astucia cristiana” que es “un don del Espíritu Santo”. Lo dijo el Papa Francisco en la homilía de la misa que celebró en la capilla de la Casa de Santa Marta, en la que propuso una

reflexión sobre la figura del administrador deshonesto descrita en el pasaje evangélico de san Lucas (Lc 16, 1-8).

“El Señor vuelve una vez más a hablarnos del espíritu del mundo, de la mundanidad: cómo actúa esta mundanidad y cuán peligrosa es. Y Jesús, precisamente Él, en la oración después de la cena del Jueves santo oraba al Padre para que sus discípulos no cayeran en la mundanidad”, en el espíritu del mundo.

La mundanidad “es el enemigo”. Y es precisamente “la atmósfera, el estilo de vida” característico de la mundanidad –o sea el “vivir según los “valores” del mundo”– lo que “tanto agrada al demonio”. Por lo demás “cuando pensamos en nuestro enemigo pensamos primero en el demonio, porque es justamente el que nos hace mal”.

“Un ejemplo de mundanidad” es el administrador descrito en la página evangélica. “Alguno de vosotros podrá decir: pero este hombre hizo lo que hacen todos”. En realidad “¡todos no!”; éste es el modo de actuar de “algunos administradores, administradores de empresas, administradores públicos, algunos administradores del gobierno. Quizá no son tantos”. En concreto “es un poco la actitud del camino más breve, más cómodo para ganarse la vida”. El Evangelio relata que “el amo alabó al administrador deshonesto”. Y ésta “es una alabanza al soborno. El hábito de los sobornos es un hábito mundano y fuertemente pecador”. Ciertamente es una actitud que no tiene nada que ver con Dios.

En efecto, “Dios nos ha mandado: llevar el pan a casa con nuestro trabajo honesto”. En cambio, “este administrador daba de comer a sus hijos pan sucio. Y sus hijos, tal vez educados en colegios costosos, tal vez crecidos en ambientes cultos, lo habían recibido de su papá como comida sucia. Porque su papá llevando pan sucio a casa había perdido la dignidad. Y esto es un pecado grave”. Quizás “se comienza con un pequeño soborno, pero es como la droga”. Incluso si el primer soborno es “pequeño, después viene el otro y el otro: y se termina con la enfermedad de la adicción a los sobornos”.

Estamos ante “un pecado muy grave porque va contra la dignidad. Esa dignidad con la que somos ungidos con el trabajo. No con el soborno, no con esta adicción a la astucia mundana. Cuando leemos en los periódicos o vemos en el televisor a uno que escribe o habla de la corrupción, tal vez pensamos que la corrupción es una palabra. Corrupción es esto: es no ganar el pan con dignidad”.

Existe, sin embargo, otro camino, el de la “astucia cristiana” –“entre comillas”, dijo el Papa– que permite “hacer las cosas un poco ágiles pero no con el espíritu del mundo. Jesús mismo nos lo dijo: astutos como serpientes, puros como palomas”. Poner “juntas estas dos” realidades es “una gracia” y “un don del Espíritu Santo”. Por esto debemos pedir al Señor la capacidad de practicar “la honestidad en la vida, la honestidad que nos hace trabajar como se debe trabajar, sin entrar en estas cosas”. “Esta “astucia cristiana” –la astucia de la serpiente y la pureza de la paloma– es un don, es una gracia que el Señor nos da. Pero debemos pedirla”.

El pensamiento del Papa Francisco se dirigió también a las familias de los administradores deshonestos. “Quizás hoy nos hará bien a todos rezar por tantos niños y jóvenes que reciben de sus padres el pan sucio. También éstos están hambrientos. Están hambrientos de dignidad”. De aquí la invitación a “orar para que el Señor cambie el corazón de estos devotos del dios soborno”, para que comprendan “que la dignidad viene del trabajo digno, del trabajo honesto, del trabajo de cada día, y no de estos caminos más fáciles que al final arrebatan todo”. También porque, concluyó, existe el riesgo de terminar como la persona de la que habla el Evangelio “que tenía muchos graneros, muchos silos, todos llenos y no sabía qué hacer. “Esta noche morirás”, dijo el Señor. Esta pobre

gente que ha perdido la dignidad cometiendo sobornos, lleva consigo no el dinero que ha ganado, sino sólo la falta de dignidad. Oremos por ellos”.

\*\*\*

### **Servir, no servirse**

#### **6 de noviembre de 2015**

Existen sacerdotes y obispos trepas y apegados al dinero que en lugar de servir se sirven de la Iglesia, haciéndola especuladora y tibia con su forma de vivir cómodamente el propio estatus sin honestidad. De esta tentación de una doble vida el Papa puso en guardia en la misa en la capilla de la Casa Santa Marta. Una celebración matutina, confesó, en la que a menudo participan misioneros y religiosas que entregan toda la vida al servicio de los demás, imitando el modelo de san Pablo y yendo siempre más allá, siempre en salida.

La liturgia de hoy nos hace reflexionar sobre dos figuras, dos figuras de servidores, de empleados, dos personas que están llamadas a realizar una tarea. En el pasaje de la Carta a los Romanos (Rm 15, 14-21) emerge la figura de Pablo: precisamente el celo por evangelizar. Escribe, en efecto, el apóstol: Lo he dicho en virtud de la gracia que Dios me ha otorgado -¿cuál era la gracia que él había recibido? -: ser ministro de Cristo Jesús... ejerciendo el oficio sagrado del Evangelio de Dios. Es decir, ministrar, servir. Y Pablo tomó en serio esta vocación y se entregó totalmente al servicio, siempre iba más allá, nunca estaba quieto: siempre más allá, más allá, más allá... para acabar, después, aquí en Roma, traicionado por algunos de los suyos. Y terminó como un condenado, precisamente así.

Pero ¿de dónde venía esa grandeza, esa audacia de Pablo? Él mismo declara: yo me glorío de esto. Y ¿de qué se gloriaba? Se gloriaba de Jesucristo. Se lee, en efecto, en el pasaje litúrgico de su Carta a los Romanos: Así pues, tengo de qué gloriarme en Cristo y en relación con las cosas que tocan a Dios. En efecto, no me atreveré a hablar de otra cosa que no sea lo que Cristo hace a través de mí en orden a la obediencia de los gentiles, con mis palabras y acciones, con la fuerza de signos y prodigios, con la fuerza del Espíritu de Dios.

Con esta actitud, continuó el Pontífice, san Pablo fue a todos lados: él se gloriaba de servir, de ser elegido, de tener la fuerza del Espíritu Santo, de ir por todo el mundo. Pero había algo que para él era una alegría grande. Lo dice así: Pero considerando una cuestión de honor -un punto de honor: ¿cuál era?- no anunciar el Evangelio más que allí donde no se haya pronunciado aún el nombre de Cristo, para no construir sobre cimiento ajeno. En definitiva, Pablo se dirigía a sitios donde no se conocía el nombre de Cristo; era el siervo que servía, administraba, abriendo a nuevos horizontes, es decir, anunciando a Jesucristo siempre más allá, siempre en salida, cada vez más lejos; nunca se detenía con el fin de tener la ventaja de un puesto, de una autoridad, de ser servido. Pablo era ministro, siervo para servir, no para servirse.

El Papa Francisco confesó la alegría que experimenta hasta llegar a emocionarse cuando, precisamente en la misa celebrada por la mañana en la capilla de la Casa Santa Marta, vienen algunos sacerdotes y me saludan diciendo: Padre, he venido aquí para visitar a mi familia, porque desde hace cuarenta años soy misionero en la Amazonia. Alegría y emoción suscita también el testimonio de una religiosa que trabaja desde hace treinta años en un hospital en África o bien que desde hace treinta o cuarenta años está en un sector del hospital con los discapacitados, siempre sonriente. En concreto, afirmó el Papa Francisco, esto se llama servir, esta es la alegría de la Iglesia: ir más allá, siempre; ir más allá y dar la vida. Y precisamente esto es lo que hizo Pablo: servir.



Retomando luego el pasaje evangélico de san Lucas (Lc 16, 1-8) que habla del administrador deshonesto, propuesto por la liturgia, el Papa destacó que el Señor muestra la imagen de otro siervo que, en lugar de servir a los demás, se sirve de ellos. En el Evangelio hemos leído lo que hizo este siervo, con cuánta astucia se movió para quedarse en su puesto, en otra parte, pero siempre con cierta dignidad. Y también en la Iglesia están estos que, en lugar de servir, de pensar en los demás, de abrir a nuevos horizontes, se sirven de la Iglesia: los trepas, los apegados al dinero. Y cuántos sacerdotes y obispos hemos visto así. Es triste decirlo, ¿no?

La radicalidad del Evangelio, de la llamada de Jesucristo está en servir: estar al servicio, no detenerse, ir siempre más allá, olvidándose de sí mismo. Por otra parte, en cambio, está la comodidad del estatus: he alcanzado un estatus y vivo cómodamente sin honestidad, como los fariseos de los que habla Jesús que paseaban por las plazas, haciéndose ver por los demás. Y estas son dos imágenes: dos imágenes de cristianos, dos imágenes de sacerdotes, dos imágenes de religiosas. Dos imágenes.

En san Pablo, explicó el Papa, Jesús nos hace ver el modelo de una Iglesia que nunca se detiene, que siempre se abre a nuevos horizontes, que siempre sigue adelante y muestra que ese es el camino. En cambio, cuando la Iglesia es tibia, cerrada en sí misma, también especuladora muchas veces, no se puede decir que sea una Iglesia que ministra, que está al servicio, sino que se sirve de los demás.

El Papa Francisco concluyó pidiendo al Señor la gracia que dio a Pablo, ese punto de honor de seguir siempre adelante, siempre, renunciando muchas veces a las propias comodidades. Y que así nos salve de las tentaciones, de esas tentaciones que en el fondo son tentaciones de una doble vida: me hago ver como ministro, como el que sirve, pero en el fondo me sirvo de los demás.

---

## **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007**

### **La lógica del lucro y la lógica de la distribución equitativa de los bienes**

*Queridos hermanos y hermanas*

Esta mañana he visitado la diócesis de Velletri, de la que fui cardenal titular durante varios años. Ha sido un encuentro familiar, que me ha permitido revivir momentos del pasado ricos en experiencias espirituales y pastorales. Durante la solemne celebración eucarística, comentando los textos litúrgicos, he reflexionado sobre el uso correcto de los bienes terrenos, un tema que en estos domingos el evangelista san Lucas ha vuelto a proponer de diversos modos a nuestra atención.

Narrando la parábola de un administrador injusto, pero muy astuto, Cristo enseña a sus discípulos cuál es el mejor modo de utilizar el dinero y las riquezas materiales, es decir, compartirlos con los pobres, granjeándose así su amistad con vistas al reino de los cielos. “Hacedos amigos con el dinero injusto —dice Jesús—, para que cuando os falte, os reciban en las moradas eternas” (Lc 16, 9). El dinero no es “injusto” en sí mismo, pero más que cualquier otra cosa puede encerrar al hombre en un egoísmo ciego. Se trata, pues, de realizar una especie de “conversión” de los bienes económicos en vez de usarlos sólo para el propio interés, es preciso pensar también en las necesidades de los pobres, imitando a Cristo mismo, el cual, como escribe san Pablo, “siendo rico, por vosotros se hizo pobre, a fin de que os enriquecierais con su pobreza” (2 Co 8, 9). Parece una paradoja Cristo no nos ha enriquecido con su riqueza, sino con su pobreza, es decir, con su amor, que lo impulsó a entregarse totalmente a nosotros.

Aquí podría abrirse un vasto y complejo campo de reflexión sobre el tema de la riqueza y de la pobreza, incluso a escala mundial, en el que se confrontan dos lógicas económicas la lógica del

lucro y la lógica de la distribución equitativa de los bienes, que no están en contradicción entre sí, con tal de que su relación esté bien ordenada. La doctrina social católica ha sostenido siempre que la distribución equitativa de los bienes es prioritaria. El lucro es naturalmente legítimo y, en una medida justa, necesario para el desarrollo económico.

En la encíclica *Centesimus annus* escribió Juan Pablo II “La moderna *economía de empresa* comporta aspectos positivos, cuya raíz es la libertad de la persona, que se expresa en el campo económico y en otros campos” (n. 32). Sin embargo —añadió—, no se ha de considerar el capitalismo como el único modelo válido de organización económica (cf. *ib.*, 35). La emergencia del hambre y la emergencia ecológica muestran cada vez con más evidencia que cuando predomina la lógica del lucro aumenta la desproporción entre ricos y pobres y una dañosa explotación del planeta. En cambio, cuando predomina la lógica del compartir y de la solidaridad, es posible corregir la ruta y orientarla hacia un desarrollo equitativo y sostenible.

María santísima, que en el *Magnificat* proclama el Señor “a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos” (*Lc* 1, 53), ayude a los cristianos a usar con sabiduría evangélica, es decir, con generosa solidaridad, los bienes terrenos, e inspire a los gobernantes y a los economistas estrategias clarividentes que favorezcan el auténtico progreso de todos los pueblos.

---

## **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**

### **CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA**

#### **El respeto de los bienes ajenos**

**2407** En materia económica el respeto de la dignidad humana exige la práctica de la virtud de la *templanza*, para moderar el apego a los bienes de este mundo; de la *justicia*, para preservar los derechos del prójimo y darle lo que le es debido; y de la *solidaridad*, siguiendo la regla de oro y según la liberalidad del Señor, que “siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza” (2 Co 8,9).

**2408** El séptimo mandamiento prohíbe el *robo*, es decir, la usurpación del bien ajeno contra la voluntad razonable de su dueño. No hay robo si el consentimiento puede ser presumido o si el rechazo es contrario a la razón y al destino universal de los bienes. Es el caso de la necesidad urgente y evidente en que el único medio de remediar las necesidades inmediatas y esenciales (alimento, vivienda, vestido...) es disponer y usar de los bienes ajenos (cf GS 69,1).

**2409** Toda forma de tomar o retener injustamente el bien ajeno, aunque no contradiga las disposiciones de la ley civil, es contraria al séptimo mandamiento. Así, retener deliberadamente bienes prestados u objetos perdidos, defraudar en el ejercicio del comercio (cf Dt 25, 13-16), pagar salarios injustos (cf Dt 24,14-15; St 5,4), elevar los precios especulando con la ignorancia o la necesidad ajenas (cf Am 8,4-6).

*Son también moralmente ilícitos, la especulación mediante la cual se pretende hacer variar artificialmente la valoración de los bienes con el fin de obtener un beneficio en detrimento ajeno; la corrupción mediante la cual se vicia el juicio de los que deben tomar decisiones conforme a derecho; la apropiación y el uso privados de los bienes sociales de una empresa; los trabajos mal hechos, el fraude fiscal, la falsificación de cheques y facturas, los gastos excesivos, el despilfarro.*

*Infligir voluntariamente un daño a las propiedades privadas o públicas es contrario a la ley moral y exige reparación.*

**2410** Las *promesas* deben ser cumplidas, y los *contratos* rigurosamente observados en la medida en que el compromiso adquirido es moralmente justo. Una parte notable de la vida económica y social depende del valor de los contratos entre personas físicas o morales. Así, los contratos comerciales de venta o compra, los contratos de alquiler o de trabajo. Todo contrato debe ser hecho y ejecutado de buena fe.

**2411** Los contratos están sometidos a la *justicia conmutativa*, que regula los intercambios entre las personas y entre las instituciones, en el respeto exacto de sus derechos. La justicia conmutativa obliga estrictamente; exige la salvaguarda de los derechos de propiedad, el pago de las deudas y la prestación de obligaciones libremente contraídas. Sin justicia conmutativa no es posible ninguna otra forma de justicia.

*La justicia conmutativa se distingue de la justicia legal, que se refiere a lo que el ciudadano debe equitativamente a la comunidad, y de la justicia distributiva que regula lo que la comunidad debe a los ciudadanos en proporción a sus contribuciones y a sus necesidades.*

**2412** En virtud de la justicia conmutativa, la *reparación de la injusticia* cometida exige la restitución del bien robado a su propietario:

*Jesús bendijo a Zaqueo por su resolución: “si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo” (Lc 19,8). Los que, de manera directa o indirecta, se han apoderado de un bien ajeno, están obligados a restituirlo o a devolver el equivalente en naturaleza o en especie si la cosa ha desaparecido, así como los frutos y beneficios que su propietario hubiera obtenido legítimamente. Están igualmente obligados a restituir, en proporción a su responsabilidad y al beneficio obtenido, todos los que han participado de alguna manera en el robo, o se han aprovechado de él a sabiendas; por ejemplo, quienes lo hayan ordenado o ayudado o encubierto.*

**2413** Los *juegos de azar* (de cartas, etc.) o las apuestas no son en sí mismos contrarios a la justicia. No obstante, resultan moralmente inaceptables cuando privan a la persona de lo que le es necesario para atender a sus necesidades o las de los demás. La pasión del juego corre peligro de convertirse en una grave servidumbre. Apostar injustamente o hacer trampas en los juegos constituye una materia grave, a no ser que el daño infligido sea tan leve que quien lo padece no pueda razonablemente considerarlo significativo.

**2414** El séptimo mandamiento proscribía los actos o empresas que, por una u otra razón, egoísta o ideológica, mercantil o totalitaria, conduce a *esclavizar seres humanos*, a menospreciar su dignidad personal, a comprarlos, a venderlos y a cambiarlos como mercancía. Es un pecado contra la dignidad de las personas y sus derechos fundamentales reducirlos por la violencia a un objeto de consumo o a una fuente de beneficio. S. Pablo ordenaba a un amo cristiano que tratase a su esclavo cristiano “no como esclavo, sino...como un hermano...en el Señor” (Flm 16).

## **El amor a los pobres**

**2443** Dios bendice a los que ayudan a los pobres y reprueba a los que se niegan a hacerlo: “a quien te pide da, al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda” (Mt 5,42). “Gratis lo recibisteis, dadlo gratis” (Mt 10,8). Jesucristo reconocerá a sus elegidos en lo que hayan hecho por los pobres (cf Mt 25,31-36). La buena nueva “anunciada a los pobres” (Mt 11,5; Lc 4,18) es el signo de la presencia de Cristo.

**2444** “El amor de la Iglesia por los pobres...pertenece a su constante tradición” (CA 57). Está inspirado en el Evangelio de las bienaventuranzas (cf Lc 6,20-22), en la pobreza de Jesús (cf Mt 8,20), y en su atención a los pobres (cf Mc 12,41-44). El amor a los pobres es también uno de los motivos del deber de trabajar, con el fin de “hacer partícipe al que se halle en necesidad” (Ef 4,28). No abarca sólo la pobreza material, sino también las numerosas formas de pobreza cultural y religiosa (cf CA 57).

**2445** El amor a los pobres es incompatible con el amor desordenado de las riquezas o su uso egoísta:

*Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos. Mirad: el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido sobre la tierra regaladamente y os habéis entregado a los placeres; habéis hartado vuestros corazones en el día de la matanza. Condenasteis y matasteis al justo; él no os resiste (St 5,1-6).*

**2446** San Juan Crisóstomo lo recuerda vigorosamente: “No hacer participar a los pobres de los propios bienes es robarles y quitarles la vida. Lo que tenemos no son nuestros bienes, sino los suyos” (Laz. 1,6). “Satisfacer ante todo las exigencias de la justicia, de modo que no se ofrezca como ayuda de caridad lo que ya se debe a título de justicia” (AA 8):

*Cuando damos a los pobres las cosas indispensables no les hacemos liberalidades personales, sino que les devolvemos lo que es suyo. Más que realizar un acto de caridad, lo que hacemos es cumplir un deber de justicia (S. Gregorio Magno, past. 3,21).*

**2447** Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (cf. Is 58,6-7; Hb 13,3). Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras de misericordia espiritual, como perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporal consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos (cf Mt 25,31-46). Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres (cf Tb 4, 5-11; Si 17,22) es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna; es también una práctica de justicia que agrada a Dios (cf Mt 6,2-4):

*El que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer que haga lo mismo (Lc 3,11). Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas serán puras para vosotros (Lc 11,41). Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: “id en paz, calentaos o hartaos”, pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? (St 2,15-16; cf. 1 Jn 3,17).*

**2448** “Bajo sus múltiples formas -indigencia material, opresión injusta, enfermedades físicas o síquicas y, por último, la muerte- la miseria humana es el signo manifiesto de la debilidad congénita en que se encuentra el hombre tras el primer pecado y de la necesidad de salvación. Por ello, la miseria humana atrae la compasión de Cristo Salvador, que la ha querido cargar sobre sí e identificarse con los ‘más pequeños de sus hermanos’. También por ello, los oprimidos por la miseria son objeto de un amor de preferencia por parte de la Iglesia, que, desde los orígenes, y a pesar de los fallos de muchos de sus miembros, no ha cesado de trabajar para aliviarlos, defenderlos y liberarlos.

Lo ha hecho mediante innumerables obras de beneficencia, que siempre y en todo lugar continúan siendo indispensables” (CDF, instr. “Libertatis conscientia” 68).

**2449** En el Antiguo Testamento, toda una serie de medidas jurídicas (año jubilar, prohibición del préstamo a interés, retención de la prenda, obligación del diezmo, pago del jornalero, derecho de rebusca después de la vendimia y la siega) responden a la exhortación del Deuteronomio: “Ciertamente nunca faltarán pobres en este país; por esto te doy yo este mandamiento: debes abrir tu mano a tu hermano, a aquel de los tuyos que es indigente y pobre en tu tierra” (Dt 15,11). Jesús hace suyas estas palabras: “Porque pobres siempre tendréis con vosotros; pero a mí no siempre me tendréis” (Jn 12,8). Con esto, no hace caduca la vehemencia de los oráculos antiguos: “comprando por dinero a los débiles y al pobre por un par de sandalias...” (Am 8,6), sino nos invita a reconocer su presencia en los pobres que son sus hermanos (cf Mt 25,40):

*El día en que su madre le reprendió por atender en la casa a pobres y enfermos, Santa Rosa de Lima le contestó: “cuando servimos a los pobres y a los enfermos, servimos a Jesús. No debemos cansarnos de ayudar a nuestro prójimo, porque en ellos servimos a Jesús”.*

### **Orar en favor del otro, no por los propios intereses**

**2635** Interceder, pedir en favor de otro, es, desde Abraham, lo propio de un corazón conforme a la misericordia de Dios. En el tiempo de la Iglesia, la intercesión cristiana participa de la de Cristo: es la expresión de la comunión de los santos. En la intercesión, el que ora busca “no su propio interés sino el de los demás” (Flp 2, 4), hasta rogar por los que le hacen mal (recuérdese a Esteban rogando por sus verdugos, como Jesús: cf Hch 7, 60; Lc 23, 28. 34).

### **Cristo, nuestro Mediador**

## **III. CRISTO JESUS “MEDIADOR Y PLENITUD DE TODA LA REVELACION” (DV 2)**

### **Dios ha dicho todo en su Verbo**

**65** “De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo” (Hb 1,1-2). Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En El lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta. S. Juan de la Cruz, después de otros muchos, lo expresa de manera luminosa, comentando Hb 1,1-2:

*Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necesidad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad (San Juan de la Cruz, Subida al monte Carmelo 2,22,3-5: Biblioteca Mística Carmelitana, v. 11 (Burgos 1929), p. 184.).*

### **No habrá otra revelación**

**66** “La economía cristiana, como alianza nueva y definitiva, nunca cesará y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (DV 4). Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos.

**67** A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas “privadas”, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Estas, sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de “mejorar” o “completar” la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia. Guiado por el Magisterio de la Iglesia, el sentir de los fieles (*sensus fidelium*) sabe discernir y acoger lo que en estas revelaciones constituye una llamada auténtica de Cristo o de sus santos a la Iglesia.

La fe cristiana no puede aceptar “revelaciones” que pretenden superar o corregir la Revelación de la que Cristo es la plenitud. Es el caso de ciertas Religiones no cristianas y también de ciertas sectas recientes que se fundan en semejantes “revelaciones”.

**480** *Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre en la unidad de su Persona divina; por esta razón él es el único Mediador entre Dios y los hombres.*

**667** *Jesucristo, habiendo entrado una vez por todas en el santuario del cielo, intercede sin cesar por nosotros como el mediador que nos asegura permanentemente la efusión del Espíritu Santo.*

### **Nadie puede servir a dos señores**

**2113** La idolatría no se refiere sólo a los cultos falsos del paganismo. Es una tentación constante de la fe. Consiste en divinizar lo que no es Dios. Hay idolatría desde que el hombre honra y reverencia a una criatura en lugar de Dios. Trátese de dioses o de demonios (por ejemplo, el satanismo), de poder, de placer, de la raza, de los antepasados, del Estado, del dinero, etc. “No podéis servir a Dios y al dinero”, dice Jesús (Mt 6,24). Numerosos mártires han muerto por no adorar a “la Bestia” (cf Ap 13-14), negándose incluso a simular su culto. La idolatría rechaza el único Señorío de Dios; es, por tanto, incompatible con la comunión divina (cf Gál 5,20; Ef 5,5).

**2424** Una teoría que hace del lucro la norma exclusiva y el fin último de la actividad económica es moralmente inaceptable. El apetito desordenado de dinero no deja de producir efectos perniciosos. Es una de las causas de los numerosos conflictos que perturban el orden social (cf GS 63,3; LE 7; CA 35).

Un sistema que “sacrifica los derechos fundamentales de la persona y de los grupos en aras de la organización colectiva de la producción” es contrario a la dignidad del hombre (cf GS 65). Toda práctica que reduce a las personas a no ser más que medios de lucro esclaviza al hombre, conduce a la idolatría del dinero y contribuye a difundir el ateísmo. “No podéis servir a Dios y al Dinero” (Mt 6,24; Lc 16,13).

**2848** “No entrar en la tentación” implica una *decisión del corazón*: “Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón ... Nadie puede servir a dos señores” (Mt 6, 21-24). “Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu” (Ga 5, 25). El Padre nos da la fuerza para este “dejarnos conducir” por el Espíritu Santo. “No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito” (1 Co 10, 13).

### **La intercesión por las autoridades**

**1900** El deber de obediencia impone a todos la obligación de dar a la autoridad los honores que le son debidos, y de rodear de respeto y, según su mérito, de gratitud y de benevolencia a las personas que la ejercen.

*La más antigua oración de la Iglesia por la autoridad política tiene como autor a San Clemente Romano:*

*“Concédeles, Señor, la salud, la paz, la concordia, la estabilidad, para que ejerzan sin tropiezo la soberanía que tú les has entregado. Eres tú, Señor, rey celestial de los siglos, quien da a los hijos de los hombres gloria, honor y poder sobre las cosas de la tierra. Dirige, Señor, su consejo según lo que es bueno, según lo que es agradable a tus ojos, para que ejerciendo con piedad, en la paz y la mansedumbre, el poder que les has dado, te encuentren propicio” (S. Clemente Romano, Cor. 61,1-2).*

**2636** Las primeras comunidades cristianas vivieron intensamente esta forma de participación (cf Hch 12, 5; 20, 36; 21, 5; 2 Co 9, 14). El Apóstol Pablo les hace participar así en su ministerio del Evangelio (cf Ef 6, 18-20; Col 4, 3-4; 1 Ts 5, 25); él intercede también por ellas (cf 2 Ts 1, 11; Col 1, 3; Flp 1, 3-4). La intercesión de los cristianos no conoce fronteras: “por todos los hombres, por todos los constituidos en autoridad” (1 Tm 2, 1), por los perseguidores (cf Rm 12, 14), por la salvación de los que rechazan el Evangelio (cf Rm 10, 1).

---

**RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

### **Ganaos amigos con el dinero**

El Evangelio de este Domingo nos presenta una parábola con algunos versículos exageradamente modernos y actuales: la del administrador infiel. El personaje central es el administrador de un propietario o amo agrícola, figura muy popular también en nuestras tierras, cuando estaba en vigor el sistema de medieros. Para ciertos versículos, ello corresponde al actual administrador-delegado en las fincas.

Como las mejores parábolas, ésta es como un drama en miniatura, llena de movimiento y de cambios de escena.

Primera escena, el administrador y su amo:

«Un hombre rico tenía un administrador, y le llegó la denuncia de que derrochaba sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: “¿Qué es eso que me cuentan de ti? Entrégame el balance de tu gestión, porque quedas despedido”».

¡Final del acto! El administrador no traza ni siquiera una autodefensa. Tiene sucia la conciencia y sabe perfectamente que es verdad lo que le ha llegado a conocimiento del amo.

La segunda escena es un soliloquio del administrador, apenas ha quedado solo:

«¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita el empleo? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa».

Como se ve, él no se da por vencido; piensa de inmediato en cómo remediar para garantizarse un futuro. Y he aquí en la escena tercera al administrador y a los campesinos:

«Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero: “¿Cuánto debes a mi amo?” Éste respondió: “Cien barriles de aceite”. Él le dijo: “Aquí está tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta”. Luego dijo a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?” Él contestó: “Cien fanegas de trigo”. Le dijo: “Aquí está tu recibo, escribe ochenta”».

Es un caso clásico de corrupción y de falsedad en el balance, que nos hace pensar en análogos episodios frecuentes en nuestra sociedad, especialmente a otra escala. Y, ahora, la conclusión, que es la más desconcertante de todas:

«El amo felicitó al administrador injusto, por la astucia con que había procedido».

¿Jesús, acaso, pretende aprobar y estimular a la corrupción?

Para entenderlo es necesario llamar la atención sobre la naturaleza del todo específica de la enseñanza en las parábolas. La parábola no se transfiere en bloque y con todos sus detalles en el plano de la enseñanza moral, sino sólo en aquel aspecto que quiere evaluar aquel que la narra. Cuando Jesús habla de un rey que, antes de empezar una guerra con otro rey, se sienta para calcular las propias fuerzas (la parábola de hace dos domingos: cfr. *Lucas* 14,28-30) no pretende animar a los reyes a hacer la guerra; sólo quiere recomendarles a todos que consideren bien los medios, que están a disposición propia, antes de emprender cualquier empresa. Muchas veces, la historia narrada en la parábola sólo sirve de soporte a una idea, que es la que es necesario concretar y recoger, dejando aparte todo el resto.

Ahora bien, es claro cuál es la idea que Jesús nos ha querido inculcar en esta parábola. El amo alaba a su administrador por su astucia, no por otra cosa. No se nos dice que ha vuelto atrás en su decisión de licenciar a aquel hombre. Al contrario, visto su rigor inicial y la prontitud con que ha descubierto la nueva estafa, podemos imaginar fácilmente lo que sigue no narrado de la historia. Después de haber alabado al administrador por su astucia, el amo debe haberle añadido que debía restituir inmediatamente el fruto de sus transacciones deshonestas o descontadas mediante la cárcel, si no estaba en disposición de saldar la deuda. Esto, ésta es la astucia, es también lo que Jesús alaba, fuera de la parábola. Añade, en efecto, casi como comentario a las palabras de aquel amo:

«Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz».

Aquel hombre, ante una situación de emergencia, cuando estaba en juego todo su porvenir, ha dado prueba de dos cosas: de extrema decisión y de grande astucia. Ha actuado rápida e inteligentemente para ponerse a buen seguro (si bien no honestamente). «La vida, decía un filósofo antiguo, a nadie le es dada en posesión, sino a todos en administración» (Séneca). Somos todos «administradores»; por ello, debemos hacer como el hombre de la parábola. Él no lo ha retrasado para el día siguiente, no se ha dormido sobre ello. Está en juego algo muy importante para abandonarlo a la casualidad.

Estoy seguro que si Jesús hubiese vivido en el día de hoy no habría centrado su parábola en la figura (casi del todo desaparecida) del factor o administrador agrícola, sino sobre la de un agente u operador de bolsa. Nos habría dicho: mirad cómo se comportan los agentes de bolsa que veis frecuentemente en vuestras pantallas. Cómo están con los ojos pegados a ellas para seguir la marcha de los títulos, con las orejas y la boca al teléfono para recibir y dar órdenes. ¡Qué atención, qué prontitud de decisión! Cuando se perfila el desplome imparable de ciertos títulos, no están para pensárselo dos veces: lo venden todo e invierten en otros títulos. ¿Y vosotros? ¿No debierais hacer, también vosotros, lo mismo para poner al seguro el capital inmensamente superior, que es la vida eterna?

Una vez, Jesús dio a un joven una de aquellas «peroratas» que en bolsa valen una fortuna, pudiendo hacer a un hombre super-millonario de un momento a otro. «Vende todo cuanto tienes, le dijo, y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme» (*Lucas* 18,22). Él sabía que en la tierra había aparecido ya el reino de Dios, cuyas «acciones» eran infinitamente más estables que las de este mundo. El mismo consejo nos da, ahora, a nosotros. No el venderlo materialmente todo para dar lo recaudado a los pobres, sino para compartir con ellos, si tenemos más de lo necesario, los bienes terrenos y las riquezas, que Dios nos ha dado. Es la conclusión que el mismo Jesús saca de la parábola de hoy:



«Yo os digo: Ganaos amigos con el dinero injusto, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas».

Los pobres, si lo queremos, decía san Agustín, son nuestros agentes o corredores: nos permiten transferir, ya desde ahora, nuestros bienes en la morada, que se está construyendo para nosotros en el más allá. Un día, narra una historieta, llega un rico al paraíso; san Pedro lo coge en consigna para conducirlo hacia el puesto asignado para él. Haciendo camino, pasan por delante de espléndidas villas con habitantes felices dentro. A medida que avanzan, las casas se hacen más ordinarias, hasta llegar a unos míseros tugurios o cuchitriles. Delante de uno de estos, san Pedro se para y le indica al rico el lugar asignado para él. El rico protesta: «¿Se está peor en el paraíso que en la tierra? ¡En vida yo tenía una casa de lujo con todo el bien de Dios!» «Es verdad, le responde san Pedro; pero, tú no has mandado construir nada acá arriba».

Cuando los primeros cristianos leían la exhortación del Evangelio para hacerse amigos con los pobres pensaban inmediatamente en el deber de la limosna. Hoy debemos ver un anuncio público para empezar a practicar ante todo la justicia con los pobres. La liturgia orienta nuestra reflexión precisamente en este sentido haciéndonos escuchar, en la primera lectura, la terrible requisitoria del profeta Amós contra los ricos de su tiempo:

«Escuchad esto, los que exprimís al pobre, despojáis a los miserables, diciendo: “¿Cuándo pasará la luna nueva, para vender el trigo, y el sábado, para ofrecer el grano?” Disminuís la medida, aumentáis el precio, usáis balanzas con trampa, compráis por dinero al pobre, al mísero por un par de sandalias, vendiendo hasta el salvado del trigo».

Están aquí en embrión todos los inventos con los que se explotan también hoy a los pobres: acaparamiento de productos para volverlos a vender a un precio mayor, especulación sobre los cambios, engaño en los pesos y medidas. A la denuncia de Amós se hace eco la de un padre de la Iglesia, que decía: «El pan que a vosotros os sobra es el pan del hambriento. El vestido colgado, inutilizado en vuestro armario, es el vestido de quien está desnudo. Los zapatos, que vosotros no usáis, son los zapatos de quien va descalzo» (san Basilio de Cesarea). Frecuentemente, las que consideramos limosnas no son más que parciales restituciones.

Y no olvidemos la historia del rico, que va al paraíso y con san Pedro busca su morada; nos puede ayudar a no encontrarnos un día en la misma situación.

---

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

### **Ilusión por la santidad**

Nos podría sorprender, en una primera apreciación, el fragmento evangélico que hoy consideramos. Ese hombre, mal trabajador, que no es honrado con el dinero que administra, recibe, sin embargo, por su hábil estratagema —especialmente injusta, por otra parte— la alabanza de su señor. El hombre rico, el señor, como siempre representa a Dios. Y, en este caso, declara admirable la actitud final de su criado, aunque hubiera sido asimismo digno de condena, por su injusticia y falta de lealtad. Existe, pues, algo en el comportamiento del administrador infiel que debemos los cristianos aprender.

Naturalmente, en ningún momento dice Jesús que la conducta del administrador deba tomarse, en su conjunto, como ejemplo. Más aún, aprueba la actitud del hombre rico, que despidió al administrador por su mala gestión que, de hecho, en absoluto se revela o protesta por la decisión de

su amo. La vida del empleado es, pues, una vida delictuosa, aunque, bien es cierto, con algún rasgo decididamente admirable.

La vida de los hombres nunca es, como es sabido, del todo buena o mala. Pero no es infrecuente, sin embargo, encontrar personas a las que nada les parece que deben mejorar. A efectos prácticos, su comportamiento cotidiano concreto y su vida en general estarían ya suficientemente bien. No necesitan, por consiguiente, complicarse con hipotéticas posibilidades de rectificar para bien. Para otro tipo de personas, por el contrario, las cosas son bien diferentes. Tienen una impresión tan negativa de sí mismos, que se consideran incapaces de lo bueno: en toda su conducta les parece observar aspectos negativos; lo que, tal vez, les induce a desistir de mejorar, pues, en cualquier caso, siempre arrastrarán de un modo u otros defectos.

La realidad franca y desapasionada de cada uno nos manifiesta, más bien, que el comportamiento diario es consecuencia de una serie de virtudes y defectos. Esos hábitos de la conducta, que a todos nos afectan, acaban teniendo en ocasiones manifestaciones prácticas muy patentes. Así sucede, por ejemplo, con el administrador de la parábola. De tal modo parece que procedía dolosamente en su trabajo, que hasta llegó a oídos de su señor. Tal vez su avaricia, su comodidad, su egoísmo, o cualquier otro de sus defectos, resultaban ya patentes a los ojos de los demás. Pero no era, sin embargo, todo negativo en aquel hombre. Su sagacidad y astucia, su hábil inteligencia..., pero puesta al servicio del bien, podrían ser buenas armas para trabajar por su señor; una vez corregidos, naturalmente, los vicios que hacían intolerable por más tiempo espacio su permanencia al frente de la administración.

Siendo sinceros con nosotros mismos, contemplándonos con la franqueza de sabernos conocidos a la perfección por Dios, Señor y Padre nuestro, advertimos en nosotros conductas en parte buenas y malas. En el origen de cada acción nuestra –que es en la práctica un acto de amor o de desamor con Dios– existe un rasgo de nuestro carácter que condiciona ese comportamiento y que convendrá alentar o, por el contrario, corregir. Es preciso, por tanto, poner interés en ello, pues está en juego nuestro amor a Dios.

Al hilo de esta parábola que hoy nos ofrece la Iglesia, fijémonos en si nos esmeramos, como el administrador infiel, en emplear nuestros mejores recursos de tesón, de amistades, de inteligencia..., de ingenio humano en una palabra, pero al servicio de nuestra santidad y de la extensión del Reino de los Cielos. Pues, parece Jesús manifestar, para vergüenza no pocas veces de los que desean serle fieles, que **los hijos de este mundo son más sagaces en lo suyo que los hijos de la luz**. Nos vendrá muy bien, en efecto, sentirnos avergonzados, y reconocer que bastantes se mueven –y mucho– buscando lo suyo, egoístamente incluso, sin un ideal sobrenatural, pero con gran eficacia. Diríamos que hacen muy bien el mal; que de hecho se desviven por ideales en el fondo pequeños y ridículos, vistas las cosas, como debe ser, con ojos sobrenaturales, con los ojos de la fe. Los hijos de Dios, en cambio, parecemos estáticos frente a ellos: como si no estuviéramos bastante convencidos de lo que ganamos sirviendo a Dios. Como si no amáramos a Dios lo bastante; como si no nos valiera la pena.

Santa María, nuestra Madre, nos abrirá como a niños los ojos de la ilusión, para ver más y más claro cada día el brillo inigualable del ideal de Jesucristo.

---

**PALABRA Y VIDA ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))**

**El imperativo de la hora**

La parábola del administrador deshonesto se presenta entre las más difíciles de comprender de todo el Evangelio. El motivo de su oscuridad no es que Jesús esta vez no haya hablado claro, sino que al significado originario pensado por Jesús se superpusieron otros, nacidos del uso que se *hizo* de la parábola en la Iglesia primitiva. Se ha señalado que en el texto de Lucas la parábola es seguida por tres aplicaciones distintas: *primera aplicación*: Los hijos de este mundo se comportan, en su trato con los demás, más astutamente que los hijos de la luz; *segunda aplicación*: Gánense amigos con el dinero de la injusticia; *tercera aplicación*: Si no son fieles con las riquezas injustas, ¿quién les confiará lo que les pertenece? Parecería que nos encontramos frente a notas referidas a tres sermones distintos sobre la misma parábola (C. Dodd).

Esto no debe sorprendernos; lo hemos dicho muchísimas veces: los Evangelios nacieron así; son las palabras y los hechos de Jesús interpretados por la Iglesia a la luz del Espíritu Santo que iba revelando, en esas palabras y en esos hechos, significados cada vez más ricos, capaces de iluminar las situaciones nuevas en las que la Iglesia pasó a encontrarse después de la Pascua, respecto de la situación en que vivía Jesús. Lo importante para nosotros es saber que estos significados nuevos no son agregados “humanos” a la palabra divina, sino que provienen de la misma fuente. El mismo Espíritu que hablaba y obraba en Jesús de Nazaret, ahora habla y obra en la Iglesia, inspirando las Escrituras.

La lectura que ahora hacemos de la parábola partiría del significado originario que pretendió darle Jesús la primera vez que la pronunció, para después abarcar también las aplicaciones prácticas que *hizo* la Iglesia apostólica.

La interpretación de Jesús deriva de las palabras: *Y el señor alabó a este administrador deshonesto por haber obrado tan hábilmente*. No está claro si el “señor” es el señor del administrador o si es, por el contrario, el Señor Jesús en persona; pero eso no cambia esencialmente el sentido. El administrador de bienes no es alabado por haber actuado bien en absoluto, frente a Dios, sino porque actuó bien en relación a cómo actúan “entre ellos” los hijos de este mundo; aplicó a la perfección la sabiduría de este mundo, aclarando no obstante que para Jesús la sabiduría de este mundo es insensatez a los ojos de Dios (¡basta releer la parábola del rico insensato!). La astucia de aquel hombre consiste en que, al perfilarse una situación de emergencia (el despido), no se entregó, no esperó lo irreparable con las manos cruzadas; se detuvo a reflexionar, pasó rápidamente revista a las posibles soluciones —¿cavar? ¿pedir limosna?— y, apenas vislumbró la “indicada”, la puso en práctica resueltamente.

Jesús decía estas cosas a oyentes que, quizás, habían intuido que se hallaban con él, frente a una hora grave de la historia, a un encuentro decisivo con la voluntad de Dios, pero no sabían decidirse; preferían tener el pie en dos estribos o —como dice Jesús— “servir a dos patrones”. Lo que Jesús viene a decirles es: ¿cómo es que son tan rápidos y despiertos para remediar las situaciones dramáticas que se presentan en el plano temporal de los negocios, los afectos, la salud, y lo son tan poco frente a la cosa absolutamente decisiva que es el Reino de Dios, o sea su salvación eterna? Como si dijera: Al perfilarse en el mar una feroz tempestad, un buen mariner no se queda para tratar de salvar a cualquier precio la mercadería y las personas, con la casi certeza de perder ambas; hace una elección, arroja al mar todo para salvar las personas; ¿cómo es que no se deciden a hacer lo mismo ante la inminencia de este otro naufragio?

En la parábola resuena, pues, lo que se llama “el imperativo de la hora”, la advertencia escatológica que es la nota quizás más aguda e insistente de toda la predicación terrena de Jesús: ¡Urge decidirse, el Reino está a las puertas; el Esposo está por venir! Los indecisos se quedarán

afuera llamando desesperadamente, como las vírgenes que fueron encontradas dormidas; dirán: “*Señor ábrenos*”. *Y él les responderá: “No sé de dónde son ustedes”* (Lc 13,25). ¡Demasiado tarde!

¿Cómo no sentir también sobre nosotros la fuerza de este imperativo de la hora? La gente a la que Jesús dirigía esas graves palabras era gente que podía decir que había comido y bebido con él y que lo había oído predicar en las plazas (cf. Lc 13,26). Nosotros somos esa gente y ahora sabemos que eso no basta para salvarse; es necesaria otra cosa; es necesario que nos decidamos verdaderamente por Jesús: o con él o contra él. No podemos pensar que sea suficiente, para salvarnos, reservar a Dios algún pensamiento aquí y allá, algún espacio de tiempo, manteniéndolo, sin embargo, sistemáticamente fuera de todo el resto de nuestra vida. La desproporción entre la energía, la sagacidad, la decisión que se ponen en ejecución en las cosas temporales, respecto de las que se ponen en ejecución en las cosas de Dios, salta a los ojos en todo momento; en el plano temporal, basta un síntoma de enfermedad para suscitar alarma, corridas para hacer análisis y tomar medicamentos; en el plano espiritual, dejamos que ciertas enfermedades se desarrollen tranquilamente sin ninguna aprensión, sin recurrir a remedio alguno. Cuántas veces ocurre, incluso entre cristianos, que no se llama a un sacerdote a la cabecera de un moribundo y ni siquiera se le advierte qué le espera, por temor a asustarlo. ¡Como si uno estuviera por caerse en un barranco y nadie le dijera nada para no impresionarlo!

Esta es la advertencia que encerró Jesús en la parábola del administrador infiel. Esta advertencia —decía— fue meditada por la primitiva Iglesia que llegó a extraer consecuencias prácticas. En tiempos de Jesús, “decidirse” significaba “creer en el Evangelio”, hacerse discípulo suyo, ponerse de su lado; ahora, para quienes ya han abrazado la fe y viven en la Iglesia, ¿qué significa decidirse? Al reflexionar sobre el desarrollo de la parábola, surgía espontáneamente una respuesta: ¡Ganarse amigos con el dinero de la injusticia! Un modo concreto y eficaz de realizar una elección de fe por Jesús y por el Reino es cambiar de actitud respecto de la riqueza terrena: no considerarla más como algo para poseer, sino como algo para administrar, no como algo que hay que acrecentar por el gusto de acumular, sino como algo que debe transformarse en alegría también para otros. Los pobres son los amigos naturales de Dios (“Alabad al Señor que ensalza al pobre”, dice el Salmo responsorial); ¿por qué no hacer amigos entre estos poderosos amigos de Dios? Un día, más aún, ya ahora, pueden hacerte entrar a formar parte del Reino de los cielos que es “de ellos” (cf. Mt. 5,3). Pero no se trata tanto de limosna y de dádivas, sino más bien de administración recta y a menudo, además, de restitución: “El pan que a ustedes les sobra —decía San Basilio— es el pan del hambriento; el vestido colgado en su armario es el vestido del que está desnudo; los zapatos que no usan son los zapatos del que va descalzo; el dinero que tienen escondido es el dinero del pobre; las obras de caridad que no realizan son otras tantas injusticias que cometen”.

Al proponernos hoy la parábola del administrador deshonesto, la liturgia ha querido orientar también ella la atención hacia este problema de la actitud respecto de los pobres. Lo revela la elección de la primera lectura que es una formidable denuncia de la forma en que a menudo nos enriquecemos chupando la sangre de los pobres. Amós muestra cuán cierta es la palabra de Jesús que habla del “dinero de la injusticia”. El profeta evoca trucos conocidos desde que el mundo es mundo, con los cuales “pisotean al indigente para hacer desaparecer a los pobres del país”: balanzas falsas, ventas demoradas, aumento instrumental de los precios, acaparamientos, usura. Se diría que la palabra de Dios quiere hacer llegar hoy una advertencia grave sobre todo a una categoría de personas: las que operan en la industria, el comercio, o la política, vale decir en los sectores donde estas cosas suceden todavía con facilidad y en proporciones a veces enormes. Pero también entre ellos la palabra de Dios hace una distinción: apunta reiteradamente a las personas que se obstinan en querer servir a dos patrones: Dios y la ganancia (se entiende la ganancia deshonesto o

desproporcionada); gente que quiere parecer pía y respetuosa (Amós habla de ricos que respetan el novilunio y el sábado) sin apartarse no obstante para nada de la forma de actuar de sus compañeros o competidores; son “hijos de la luz” que quieren ser igualmente buenos como “hijos de este mundo”.

Para terminar, recordemos nuevamente el imperativo de la hora; esa hora proclamada por Jesús es siempre actual; es “esta” hora. También el imperativo de Jesús, por ende, es actual: Con viértanse, elijan a quién quieren servir como único señor de su vida; no se ilusionen con tener todo el tiempo. Yo estoy junto a la puerta y llamo... Este es el tiempo propicio, este el tiempo de la salvación. Ahora me convierto en tu alimento y tu bebida para que creas que te amo y no tengas más miedo de elegirme y abandonarte completamente a mí.

---

**BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))**

*Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II*

**VISITA PASTORAL A KAZAJSTÁN**

**Astana- Plaza de la Madre Patria**

**Domingo 23 de septiembre de 2001**

1. “Dios es uno, y uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos” (1 Tm 2, 5).

En esta expresión del apóstol san Pablo, tomada de la primera carta a Timoteo, está contenida la verdad central de la fe cristiana. Me alegra poder anunciároslo hoy a vosotros, amadísimos hermanos y hermanas de Kazajstán. En efecto, estoy entre vosotros como apóstol y testigo de Cristo; estoy entre vosotros como amigo de todo hombre de buena voluntad. A todos y cada uno vengo a ofrecer la paz y el amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Conozco vuestra historia. Conozco los sufrimientos que habéis padecido muchos de vosotros, cuando el régimen totalitario anterior os arrancó de vuestra tierra de origen y os deportó en condiciones de grave malestar y privación. Me alegra poder estar aquí hoy entre vosotros para deciros que el corazón del Papa está cerca de vosotros. (...)

2. “Dios es uno”. El Apóstol afirma ante todo la absoluta unicidad de Dios. Los cristianos han heredado esta verdad de los hijos de Israel y la comparten con los fieles musulmanes: es la fe en el único Dios, “Señor del cielo y de la tierra” (Lc 10, 21), omnipotente y misericordioso.

En el nombre de este único Dios, me dirijo al pueblo de Kazajstán, que tiene antiguas y profundas tradiciones religiosas. Me dirijo también a cuantos no se adhieren a una fe religiosa y a los que buscan la verdad. Quisiera repetirles las célebres palabras de san Pablo, que tuve la alegría de volver a escuchar el pasado mes de mayo en el Areópago de Atenas: “Dios no se encuentra lejos de cada uno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 27-28). Me viene a la mente lo que escribió vuestro gran poeta Abai Kunanbai: “¿Se puede dudar de su existencia, si todo sobre la tierra es su testimonio?” (Poesía 14).

3. “Uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús”. Después de referirse al misterio de Dios, el Apóstol dirige su mirada a Cristo, único mediador de salvación. Una mediación –subraya san Pablo en otra de sus cartas– que se realiza en la pobreza: “Siendo rico, por vosotros se hizo pobre, a fin de que os enriquecierais con su pobreza” (2 Co 8, 9, citado en el Aleluya).

Jesús “no hizo alarde de su categoría de Dios” (Flp 2, 6); no quiso presentarse a nuestra humanidad, que es frágil e indigente, con su abrumadora superioridad. Si lo hubiera hecho, no habría obedecido a la lógica de Dios, sino a la de los poderosos de este mundo, criticada sin ambages por los profetas de Israel, como Amós, de cuyo libro está tomada la primera lectura de hoy (cf. Am 8, 4-6).

La vida de Jesús fue coherente con el designio salvífico del Padre, “que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2, 4). Él testimonió con fidelidad esta voluntad, ofreciéndose “en rescate por todos” (1 Tm 2, 6). Al entregarse totalmente por amor, nos consiguió la amistad con Dios, perdida a causa del pecado. También a nosotros nos recomienda esta “lógica del amor”, pidiéndonos que la apliquemos sobre todo mediante la generosidad hacia los necesitados. Es una lógica que puede unir a cristianos y musulmanes, comprometiéndolos a construir juntos la “civilización del amor”. Es una lógica que supera cualquier astucia de este mundo y nos permite granjearnos amigos verdaderos, que nos acojan “en las moradas eternas” (cf. Lc 16, 9), en la “patria” del cielo.

4. Amadísimos hermanos, la patria de la humanidad es el reino de Dios. Es muy elocuente para nosotros meditar en esta verdad precisamente aquí, en la plaza dedicada a la Madre Patria, ante este monumento que la representa simbólicamente. Como enseña el concilio ecuménico Vaticano II, existe una relación entre la historia humana y el reino de Dios, entre las realizaciones parciales de la convivencia civil y la meta última, a la que, por libre iniciativa de Dios, está llamada la humanidad (cf. *Gaudium et spes*, 33-39).

El décimo aniversario de la independencia de Kazajstán, que celebráis este año, nos lleva a reflexionar en esta perspectiva. ¿Qué relación existe entre esta patria terrena, con sus valores y sus metas, y la patria celestial, en la que, superando toda injusticia y todo conflicto, está llamada a entrar la familia humana entera? La respuesta del Concilio es iluminadora: “Aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al reino de Dios” (ib., 39).

5. Los cristianos son, a la vez, habitantes del mundo y ciudadanos del reino de los cielos. Se comprometen sin reservas en la construcción de la sociedad terrena, pero permanecen orientados hacia los bienes eternos, siguiendo un modelo superior, trascendente, para realizarlo cada vez más y cada vez mejor en la vida diaria.

El cristianismo no es alienación del compromiso terreno. Si en algunas situaciones contingentes a veces da esta impresión, se debe a la incoherencia de muchos cristianos. En realidad, el cristianismo auténticamente vivido es como levadura para la sociedad: la hace crecer y madurar en el plano humano y la abre a la dimensión trascendente del reino de Cristo, realización plena de la humanidad nueva.

Este dinamismo espiritual encuentra su fuerza en la oración, como nos acaba de recordar la segunda lectura. Y es lo que, en esta celebración, queremos hacer orando por Kazajstán y por sus habitantes, a fin de que este gran país, dentro de la variedad de sus componentes étnicos, culturales y religiosos, progrese en la justicia, la solidaridad y la paz; para que progrese especialmente gracias a la colaboración de cristianos y musulmanes, comprometidos cada día, juntos, en la humilde búsqueda de la voluntad de Dios.

6. La oración siempre debe ir acompañada por obras coherentes. La Iglesia, fiel al ejemplo de Cristo, no separa nunca la evangelización de la promoción humana, y exhorta a sus fieles a ser en todo ambiente promotores de renovación y de progreso social.

Amadísimos hermanos y hermanas, ojalá que la “madre patria” de Kazajstán encuentre en vosotros hijos devotos y solícitos, fieles al patrimonio espiritual y cultural heredado de vuestros padres, y capaces de adaptarlo a las nuevas exigencias.

De acuerdo con el modelo evangélico, distinguíos por la humildad y la coherencia, haciendo fructificar vuestros talentos al servicio del bien común y privilegiando a las personas más débiles y desvalidas. El respeto a los derechos de cada uno, aunque tengan convicciones personales diferentes, es el presupuesto de toda convivencia auténticamente humana.

Vivid un profundo y efectivo espíritu de comunión entre vosotros y con todos, inspirándoos en lo que los Hechos de los Apóstoles atestiguan de la primera comunidad de los creyentes (cf. Hch 2, 44-45; 4, 32). Testimoniad en el amor fraterno y en el servicio a los pobres, a los enfermos y a los excluidos, la caridad, que alimentáis en la mesa eucarística. Sed artífices de encuentro, reconciliación y paz entre personas y grupos diferentes, cultivando el auténtico diálogo, para que prevalezca siempre la verdad.

7. Amad la familia. Defended y promoved esta célula fundamental del organismo social; cuidad de este primordial santuario de la vida. Acompañad con esmero el camino de los novios y de los matrimonios jóvenes, para que sean ante sus hijos y ante toda la comunidad signo elocuente del amor de Dios.

Amadísimos hermanos, con alegría y emoción deseo dirigiros a vosotros, aquí presentes, y a todos los creyentes que están unidos a nosotros la exhortación que en muchas ocasiones estoy repitiendo en este inicio de milenio: *Duc in altum!*

Te abrazo con afecto, pueblo de Kazajstán, y te deseo que realices plenamente todo proyecto de amor y de salvación. Dios no te abandonará. Amén.

\*\*\*

### ***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

“¿Por qué puso el Señor esta parábola?, se preguntaba S. Agustín. No porque el siervo aquel fuera un modelo a imitar, sino porque fue previsor para el futuro, a fin de que se avergüence el cristiano que carece de esta determinación”.

Quiere el Señor que pongamos en los asuntos de nuestra alma, el empeño, la ilusión y la habilidad que muchos ponen en lo que les interesa, en lo que les es más entrañable y querido. El cristiano no debe tener un tiempo para Dios y otro para los negocios de este mundo, no debe tener “dos señores” sino solamente uno y a Él hay que servir, también en los afanes diarios, con toda el alma. “Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón... Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado” (Dt 6,4-7).

Los hijos de la luz han de poner todo su empeño por estar presentes en aquellos lugares en que se trabaja por el bien común colaborando con todos con dedicación e ingenio para hallar soluciones que hagan más humana y cristiana la sociedad en que viven. Como aquellos primeros cristianos que escribían: “no dejamos de frecuentar el foro, el mercado, los baños, las tiendas, las oficinas, las hosterías y ferias; no dejamos de relacionarnos, de convivir con vosotros en este mundo.

Con vosotros navegamos, vamos a la milicia, trabajamos la tierra y de su fruto hacemos comercio” (Tertuliano).

La enseñanza, la defensa de la vida y el medio ambiente, la justa distribución de las riquezas, la familia, los medios de comunicación, la libertad, la igualdad de derechos y ante la ley, la transparencia en los negocios y en la política, el acceso de todos a la cultura..., todo aquello que atañe al bien común, debe ser objeto de nuestros desvelos, de forma que esas realidades vayan impregnándose del espíritu de Cristo.

El cristiano no debe buscar el éxito personal como único objetivo: “No podéis servir a Dios y al dinero”, nos recuerda el Evangelio de hoy; sino que hemos de servir a Dios con el dinero, el prestigio profesional, con la iniciativa y responsabilidad que el Señor elogia al referirse a los hijos de este mundo.

\*\*\*

### ***Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica***

*«Dios... o el dinero»*

#### **I. LA PALABRA DE DIOS**

Am 8, 4-7: Contra los que compran por dinero al pobre

Sal 112, 1-2.4-6.7-8: Alabad al Señor, que ensalza al pobre

1 Tm 2, 1-8: Pedid por todos los hombres a Dios, que quiere que todos se salven

Lc 16, 1-13: No podéis servir a Dios y al dinero

#### **II. LA FE DE LA IGLESIA**

«El décimo mandamiento prohíbe la avaricia y el deseo de una apropiación inmoderada de los bienes terrenos. Prohíbe el deseo desordenado nacido de la pasión inmoderada de las riquezas y de su poder. Prohíbe también el deseo de cometer una injusticia mediante la cual se dañare al prójimo en sus bienes materiales» (2536).

«El deseo de la felicidad verdadera aparta al hombre del apego desordenado a los bienes de este mundo, y tendrá su plenitud en la visión y la bienaventuranza de Dios» (2548).

«La economía de la Ley y de la Gracia aparta el corazón de los hombres de la codicia y de la envidia: lo inicia en el deseo del Supremo Bien; lo instruye en los deseos del Espíritu Santo, que sacia el corazón del hombre» (2541).

#### **III. TESTIMONIO CRISTIANO**

«De la envidia nacen el odio, la maledicencia, la calumnia, la alegría causada por el mal del prójimo y la tristeza causada por su prosperidad» (S. Agustín) (2539).

«La promesa de ver a Dios supera toda felicidad. En la Escritura, ver es poseer. El que ve a Dios obtiene todos los bienes que se pueden concebir» (S. Gregorio de Niza) (2548).

#### **IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA**

##### **A. Apunte bíblico-litúrgico**

El profeta Amós es conocido por su denuncia a los ambiciosos para quienes su especulación les lleva al abuso de los más pobres e indefensos.



Jesús expone en el evangelio la parábola del administrador infiel, que tiene un corolario: nadie puede servir a Dios, si tiene como dios al dinero.

La primera carta a Timoteo es un escrito pastoral, en el que el apóstol recomienda la oración por todos los hombres, pues la voluntad salvífica universal de Dios enseña a los cristianos a no olvidar a nadie.

## **B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica**

*La fe:*

Dios, Bien Supremo y fuente de todo bien. La pobreza de corazón: 2541-2550.

*La respuesta:*

La codicia y concupiscencia por los bienes: 2534-2540.

## **C. Otras sugerencias**

El dinero siempre ha sido y es un peligroso ídolo. Es absorbente de los intereses y preocupaciones del hombre. ¿Cuántas personas han caído en sus redes y han sido esclavizadas por él? La corrupción, la desconfianza familiar y social, las rupturas de amistades... tienen muchas veces como causa el señorío del dinero sobre las personas.

Frente a este ídolo Jesús establece una oposición radical para el servidor de Dios. No se puede servir a dos señores.

Entre los mandamientos de la Ley de Dios, el décimo habla de poner el corazón o en Dios o en los bienes ajenos. Pocas veces se habla de los deseos del corazón, pero es ahí donde se elevan altares: o a Dios o al dinero.

---

## **HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))**

### **Los hijos de la Luz.**

#### **– Parábola del administrador infiel.**

**I.** En la *Primera lectura* de la Misa<sup>1</sup> resuenan los duros reproches del Profeta Amós contra los comerciantes que atropellan y se enriquecen a costa de los pobres: alteran los pesos, venden mercancía de desecho, hacen subir los precios aprovechando momentos de necesidad... Son múltiples las formas injustas que emplean para hacer prosperar sus negocios.

En el Evangelio de la Misa<sup>2</sup> enseña el Señor, mediante una parábola, la habilidad de un administrador que es llamado a cuentas por el amo, acusado de malversar la hacienda. El administrador reflexionó sobre lo que le esperaba: *¿Qué haré, puesto que mi señor me quita la administración? Cavar no puedo; mendigar, me da vergüenza. Sé lo que haré para que me reciban en sus casas cuando sea retirado de la administración.* Entonces llamó a los deudores de su amo y pactó con ellos un arreglo favorable a los mismos. Al primero que se presentó le dijo: *¿Cuánto debes a mi señor? Él respondió: Cien medidas de aceite. Y le dijo: Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta. Después dijo a otro: ¿Tú, cuánto debes? Él respondió: Cien cargas de trigo. Y le dijo: Toma tu recibo y escribe ochenta.*

---

<sup>1</sup> Am 8, 4-7.

<sup>2</sup> Lc 16, 1-13.

El dueño se enteró de lo que había hecho su administrador y lo alabó por su sagacidad. Y Jesús, quizá con un poco de tristeza, añadió: *los hijos de este mundo son más sagaces en lo suyo que los hijos de la luz*. No alaba el Señor la inmoralidad de este intendente que se prepara, en el poco tiempo que le queda, unos amigos que luego le reciban y ayuden. “¿Por qué puso el Señor esta parábola? –pregunta San Agustín–. No porque el siervo aquel fuera precisamente un modelo a imitar, sino porque fue previsor para el futuro, a fin de que se avergüence el cristiano que carece de esta determinación”<sup>3</sup>; alabó el empeño, la decisión, la astucia, la capacidad de sobreponerse y resolver una situación difícil, el no dejarse llevar por el desánimo.

No es raro ver el esfuerzo y los incontables sacrificios que muchos hacen para obtener más dinero, para subir dentro de la escala social... Otras veces quedamos sorprendidos incluso por los medios que se emplean para hacer el mal: prensa, editoriales, televisión, proyectos de todo orden... Pues, al menos, ese mismo empeño hemos de poner los cristianos en servir a Dios, multiplicando los medios humanos para hacerlos rendir en favor de los más necesitados: en obras de enseñanza, de asistencia, de beneficencia... El interés que otros tienen en sus quehaceres terrenos hemos de poner nosotros en ganarnos el Cielo, en luchar contra todo lo que nos separa de Cristo. ***¿Qué afán ponen los hombres en sus asuntos terrenos!: ilusiones de honores, ambición de riquezas, preocupaciones de sensualidad. – Ellos y ellas, ricos y pobres, viejos y hombres maduros y jóvenes y aun niños: todos igual.***

– ***Cuando tú y yo pongamos el mismo afán en los asuntos de nuestra alma tendremos una fe viva y operativa: y no habrá obstáculo que no vencamos en nuestras empresas de apostolado***<sup>4</sup>.

– **Utilizar en el servicio a Dios todos los medios lícitos.**

II. Los *hijos del mundo* parecen a veces más consecuentes con su forma de pensar. Viven como si sólo existiera lo de aquí abajo y se afanan en ello sin medida. Quiere el Señor que, al menos, pongamos el mismo interés en sus cosas –la santidad personal y el apostolado– que otros tienen en sus negocios terrenos; quiere que nos preocupemos de sus asuntos con interés, con alegría, con entusiasmo, y que todo lo encaminemos a este fin, que es lo único que verdaderamente vale la pena. Ningún ideal es comparable al de servir a Cristo, utilizando los talentos recibidos como medios para un fin que sobrevive más allá de este mundo que pasa.

Al terminar la parábola nos recuerda el Señor: *Ningún criado puede servir a dos señores, pues odiará a uno y amará al otro, o preferirá a uno y despreciará al otro*. Y concluye: *No podéis servir a Dios y al dinero*. No tenemos más que un solo Señor, y a Él hemos de servir con todo el corazón, con los talentos que Él mismo nos ha dado, empleando todos los medios lícitos, la vida entera. A Él hemos de encaminar, sin excepción, los actos de la vida: el trabajo, los negocios, el descanso... El cristiano no tiene un tiempo para Dios y otro para los negocios de este mundo, sino que éstos deben convertirse en servicio a Dios y al prójimo por la rectitud de intención, la justicia, la caridad. Para ser buen administrador de los talentos que ha recibido, de la hacienda de la que debe dar cuenta a su señor, el cristiano ha de saber dirigir sus acciones a promover el bien común, encontrando las soluciones adecuadas, con ingenio, con interés, con “profesionalidad”, sacando adelante o colaborando en empresas y obras buenas en servicio de los demás, teniendo la seguridad de que su quehacer vale más la pena que el negocio más atrayente. Son los laicos “los que han de intervenir en las grandes cuestiones que afectan a la presencia directa de la Iglesia en el mundo, como la educación, la defensa de la vida y del medio ambiente, las garantías en el pleno ejercicio de

<sup>3</sup> SAN AGUSTIN, *Sermón* 359, 9-11.

<sup>4</sup> SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 317.

la libertad religiosa, la presencia del testimonio y del mensaje cristiano en los medios de comunicación social. En estas cuestiones deben ser los mismos seculares cristianos, en tanto que ciudadanos y a través de todos los cauces a que tienen legítimo acceso en el desarrollo de la vida pública, quienes deben hacer oír su voz y hacer valer sus justos derechos”<sup>5</sup>. Así servimos a Dios en medio del mundo.

No podemos permitir que el dinero se convierta, quizá poco a poco, en nuestro señor, ni el objetivo de la vida puede ser acumular la mayor cantidad de bienes posibles, tener cada día más confort y comodidad. Dios nos llama a un destino más alto. Con todos los medios a nuestro alcance hemos de trabajar, “con un entusiasmo y una energía renovadas, por rehacer lo que ya ha sido destruido por una cultura materialista y hedonista, y por avivar lo que existe sólo débilmente. No se trata ya de vigorizar sus raíces. En no pocos casos, en no pocos ambientes, se trata de comenzar desde el principio, casi a partir de cero. Por eso es posible hablar hoy de una nueva Evangelización”<sup>6</sup>. Se trata de una tarea inmensa a la que el Señor —a través de su Vicario aquí en la tierra<sup>7</sup>— nos llama. No dejemos de poner lo que está a nuestro alcance: también el tiempo, el prestigio profesional, la ayuda material... ***Ya lo dijo el Maestro: ¡ojalá los hijos de la luz pongamos, en hacer el bien, por lo menos el mismo empeño y la obstinación con que se dedican, a sus acciones, los hijos de las tinieblas!***

– ***No te quejes: ¡trabaja, en cambio, para ahogar el mal en abundancia de bien!***<sup>8</sup>

– **Medios humanos y medios sobrenaturales.**

**III.** Aunque es la gracia la que cambia los corazones, el Señor quiere que utilicemos medios humanos en el apostolado, y los procedimientos lícitos que estén a nuestro alcance. Enseña Santo Tomás de Aquino<sup>9</sup> que sería tentar a Dios no hacer lo que podemos y esperarlo todo de Él. También se aplica este principio al apostolado, donde el Señor espera de sus discípulos una cooperación sabia, efectiva y entregada. No somos instrumentos inertes. Los *hijos de la luz* han de poner también —junto a los medios sobrenaturales— su interés, su capacidad humana, su ingenio, su afán... al conquistar un alma para Cristo. Y en las obras apostólicas de formación, de enseñanza... serán necesarios los medios económicos, como puso de relieve el mismo Señor: *En aquel tiempo en que os envié sin bolsa, sin alforja y sin zapatos, ¿por ventura os faltó algo? Nada, respondieron ellos. Pues ahora, prosiguió Jesús, el que tiene bolsa, llévela, y también alforjas; y el que no tenga espada, venda su túnica y cómprela*<sup>10</sup>. Jesús mismo, para realizar su misión divina, quiso servirse muchas veces de medios terrenos: unos cuantos panes y algunos peces, un poco de barro, los bienes de unas piadosas mujeres...

Porque sabemos que la misión apostólica a la que el Señor nos llama supera la capacidad de los medios humanos que utilicemos, no dejaremos a un lado, como si fueran secundarios, los sobrenaturales. No tendremos puesta nuestra confianza en el ingenio personal, en el poder de convicción de nuestra palabra, en los bienes que son el soporte material de una empresa apostólica, sino en la gracia divina que hará milagros con esos medios, que siempre son absolutamente desproporcionados, pero no los olvidaremos. La confianza en Dios nos llevará en ocasiones a no esperar a tener todo lo necesario (quizá no lleguemos nunca a tenerlo), ni dejaremos de hacer ciertos

<sup>5</sup> CARD. A. SUQUÍA, *Discurso a la Conferencia Episcopal española*, 19-II-1990.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> Cfr. SAN JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, 34.

<sup>8</sup> SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 848.

<sup>9</sup> SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 2-2, q. 53, a. 1 ad 1.

<sup>10</sup> *Lc 22, 35-37*.

trabajos o de empezar otros nuevos: *Se comienza como se puede*<sup>11</sup>, y pediremos a Jesús lo que nos falta y actuaremos con esa libertad y audacia que da la confianza en Dios. *Me hizo gracia tu vehemencia. Ante la falta de medios materiales de trabajo y sin la ayuda de otros, comentabas: “yo no tengo más que dos brazos, pero a veces siento la impaciencia de ser un monstruo con cincuenta, para sembrar y recoger la cosecha”.*

– *Pide al Espíritu Santo esa eficacia..., ¡te la concederá!*<sup>12</sup>

---

**Rev. D. Joan MARQUÉS i Suriñach (Vilamarí, Girona, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))**

### **No podéis servir a Dios y al dinero**

Hoy el Evangelio nos presenta la figura del administrador infiel: un hombre que se aprovechaba del oficio para robar a su amo. Era un simple administrador, y actuaba como el amo. Conviene que tengamos presente:

1) Los bienes materiales son realidades buenas, porque han salido de las manos de Dios. Por tanto, los hemos de amar.

2) Pero no los podemos “adorar” como si fuesen Dios y el fin de nuestra existencia; hemos de estar desprendidos de ellos. Las riquezas son para servir a Dios y a nuestros hermanos los hombres; no han de servir para destronar a Dios de nuestro corazón y de nuestras obras: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Lc 16,13).

3) No somos los amos de los bienes materiales, sino simples administradores; por tanto, no solamente los hemos de conservar, sino también hacerlos producir al máximo, dentro de nuestras posibilidades. La parábola de los talentos lo enseña claramente (cf. Mt 25,14-30).

4) No podemos caer en la avaricia; hemos de practicar la liberalidad, que es una virtud cristiana que hemos de vivir todos, los ricos y los pobres, cada uno según sus circunstancias. ¡Hemos de dar a los otros!

¿Y si ya tengo suficientes bienes para cubrir mis gastos? Sí; también te has de esforzar por multiplicarlos y poder dar más (parroquia, diócesis, Cáritas, apostolado). Recuerda las palabras de san Ambrosio: «No es una parte de tus bienes lo que tú das al pobre; lo que le das ya le pertenece. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos, tú te lo apropias. La tierra ha sido dada para todo el mundo, y no solamente para los ricos».

¿Eres un egoísta que sólo piensa en acumular bienes materiales para ti, como el administrador del Evangelio, mintiendo, robando, practicando la cicatería y la dureza de corazón, que te impiden conmoverte ante las necesidades de los otros? ¿No piensas frecuentemente en las palabras de san Pablo: «Dios ama al que da con alegría» (2Cor 9,7)? ¡Sé generoso!

---

<sup>11</sup> Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 488.

<sup>12</sup> IDEM, *Surco*, n. 616.